

Prólogo

«¿Cuál es la clave para transformar la vida? ¿En qué medida el destino está escrito? ¿Realmente podemos construir el futuro que deseamos?» Se lo pregunté a uno de mis maestros cuando yo era adolescente. Su respuesta, como no podía ser de otra manera, fue simple y vino a través de una antigua leyenda.

Hace muchos, muchos años, los hombres conocían el secreto que permitía que anhelos y sueños se hicieran realidad. Pero abusaron de él de tal manera que los sabios responsables de cuidarlo decidieron esconderlo en un lugar al cual sólo pudiera llegar quien verdaderamente lo mereciera. Pero ¿dónde ocultar el que probablemente era el tesoro de mayor valor para la humanidad?

Uno de los miembros del consejo de sabios sugirió enterrarlo en lo más profundo de la tierra, pero sus compañeros objetaron que tarde o temprano alguien excavaría hasta los rincones más profundos del planeta para dar con él.

Otro de los sabios propuso llevarlo hasta la más alta de las cumbres y enterrarlo allí, bajo la nieve eterna. Pero hubo quien objetó que llegaría el día en que muchos hombres y mujeres serían capaces de escalar la más alta de las cimas y descubrir el tesoro. El resto de sabios le dio la razón e inquietos siguieron discutiendo.

Al cabo de un rato un tercero tomó la palabra y dijo que sin duda el mejor escondite era el más profundo de los abismos del mayor de los océanos. «Tampoco ése será un buen lugar. Algún día habrá seres humanos que aprenderán a navegar por los abismos del mar y, sin duda, lo hallarán», replicaron otros.

Desanimados y resignados, uno por uno, los miembros del consejo de sabios se miraron con expresión de honda tristeza ya que no había lugar en la tierra donde ocultar el secreto que convertía los sueños en realidad.

Tras un largo silencio, el más anciano y discreto de todos tomó la palabra y casi en un susurro, dijo: «Hay un lugar, sólo un lugar, al que muy pocos serán capaces de llegar para encontrar el tesoro».

La expectación fue máxima. Hubo entonces un revuelo; murmullos, exclamaciones y miradas de estupor se cruzaron entre el resto de miembros del consejo. «¿Cuál es ese lugar, maestro?!», preguntó inquieto uno de los sabios al anciano.

«El corazón... Lo ocultaremos en el corazón de cada hombre y cada mujer que viva en este hermoso planeta. Cada corazón debe albergar este extraordinario tesoro, ya que muy pocos tendrán el coraje, la perseverancia, la fe, la humildad y la paciencia de mirar en su interior y desvelar el secreto. Sólo aquellos que sean capaces de descubrir que la mayor de las riquezas y el mayor de los poderes reside en su corazón deben ser dignos de acceder al tesoro.»

Y así fue como en un pacto sagrado y a través de un encantamiento, hace ya miles de años, el secreto que

Prólogo

convierte en realidades los anhelos del alma descansa en el corazón de cada uno de nosotros.

Espero que este cuento, o mejor, este viaje que ahora inicias te guíe a tu tesoro.

El destino final es, siempre, tu corazón.

A él dirijo un cálido saludo.

Con profunda gratitud, respeto y afecto.

ÁLEX ROVIRA CELMA

PRIMERA PARTE

El reto



I

El reino de Albor

Hace mucho, mucho tiempo, cuando algunos hombres todavía comprendían el lenguaje de los pájaros, vivía en el próspero reino de Albor un rey que era profundamente amado y respetado por todos sus súbditos. Hombre de gran fuerza y extraordinario coraje, había sido el único monarca capaz de defender su hermosa tierra de los ataques del malvado ejército liderado por el poderoso e invencible Nul, Señor de las Tinieblas.

Cientos de reinos habían sucumbido, uno tras otro, al demoledor avance del perverso y sólo Albor, como una isla en el océano, se escapaba de aquel avasallador dominio. El rey y su ejército habían resistido gracias a la mágica Albor, la fulgente espada que daba nombre al reino y que, miles de años antes, había sido forjada con el aliento de Aur, el gran dragón blanco. Aquella espada había sido concebida para atesorar y transformar en poder toda la fuerza interior que cobijara el corazón de sus legítimos propietarios, y se convirtió así, con el paso de los años, en el arma más poderosa sobre la faz de la tierra.

Pero el ladino Nul supo esperar el momento adecuado para propinar al rey el más doloroso y demoledor de los golpes: Jano, su único hijo y heredero del trono, fue secuestrado la primera noche de su vida por el malvado que, aprovechando los festejos con los que se cele-

braba la buena nueva y oculto bajo una negra capa que lo hacía invisible, no sólo consiguió raptar al heredero, sino también apoderarse de la mágica espada.

El reino quedó entonces sumido en la tristeza y la desesperación. Su futuro aparecía cubierto de sombras, más vulnerable que nunca, sin príncipe, sin la mágica Albor. A Nul, espectro ajeno al paso del tiempo, le bastaba con aguardar la muerte del rey para hacerse con el último reducto que se resistía a su desmesurada ambición.

Ocurrió entonces que la reina languideció y, años más tarde, finalmente murió, mientras el rey envejecía día a día a ojos de todos. Los hombres y las mujeres de Albor sufrieron aquellos acontecimientos con pesadumbre, con tanta tristeza que sus ojos ya no veían la primavera en los nuevos brotes de los árboles ni en las flores que crecían en los jardines.

Por supuesto, se hicieron muchos intentos, vanos, desesperados, para hallar al príncipe y recuperar la espada. Cientos de valientes caballeros partieron en su búsqueda hacia la Tierra del Destino, en las fronteras del reino con el mundo del más allá, pues se creía que allí el Señor de las Tinieblas había ocultado a Jano y Albor. Jamás ninguno regresó.

Pasaron los años y los rumores devinieron leyendas que contaban que Jano se había convertido en el esclavo eterno del maligno señor.

Pero el rey jamás perdió la esperanza, convencido de que algún día volvería a abrazar a su hijo y blandir su espada. Ese convencimiento, esa fuerza interior, sirvió para mantener unido a todo el reino frente al infame.

Los nobles caballeros, fieles a sus creencias, decidieron mantener firme su espíritu y desarrollar su fuerza para proteger de nuevas incursiones el reino y los ideales y principios que su rey les había transmitido con su ejemplo. Tal vez por esa razón Nul renunció a la conquista.

Con el paso del tiempo, el rey, anciano y cansado, comprendió que la vida le regalaría ya pocos amaneceres. Debía acometer su última y más importante misión: nombrar a un heredero, un sucesor con la fuerza física y la moral necesarias para rechazar el seguro y devastador ataque que Nul llevaría a cabo tras su muerte. Sin un líder reconocido por todos, la derrota sería segura y el reino y toda la tierra caerían en las garras del oscuro.

II

La llamada del rey

Una clara mañana de primavera el Joven Caballero se entrenaba con su espada en una campa del bosque de los Nueve Tejos, junto a sus amigos, los caballeros Cap, Cop y Cor cuando, de pronto, irrumpió el heraldo real con un mensaje: debía presentarse de inmediato ante el rey. La urgencia y la solemnidad del correo alarmaron a los cuatro compañeros.

Sin dudarle un instante, el Joven Caballero montó su noble caballo Kam y se dirigió a galope al castillo. Había hecho juramento de defender Albor y de guardar obediencia a su señor, pero nunca hasta entonces había reclamado su presencia el monarca de aquel modo. Algo debía de ocurrir, pensó, preocupado.

Llegó sudoroso a la plaza del castillo, desmontó y subió de tres en tres los escalones que llevaban hasta la torre del Rey.

Apenas sin aliento, golpeó la puerta de la cámara real. La amable y gastada voz de su señor respondió:

—Adelante.

El caballero entró, dio los siete pasos de ceremonia y se arrodilló ante el monarca, que lo aguardaba sentado en su trono.

—Majestad, he venido tan pronto como he sabido que me llamabais. ¿En qué puedo servirlos?

—Mi fiel y joven caballero, a veces pareces más rápido que mi querida Elk, el águila que vigila el castillo desde las alturas.

—Bien sabéis, mi señor, que estoy a vuestra disposición para lo que preciséis.

—Te conozco desde que eras niño —siguió el rey— y admiro tu fuerza de espíritu y tu coraje. En los últimos años has sido mi más fiel y eficaz apoyo. Ahora mi tiempo se acaba, me siento cansado y apenas sin fuerzas y sé que dentro de poco dejaré esta vida. Por ello quiero pedirte un último servicio...

Hizo una larga pausa y su mirada se posó en un tapiz que dibujaba con forma de corazón el escudo de armas de su familia. Entonces, con voz solemne, le anunció:

—Sabes que tras mi muerte el trono quedará vacío. Por ese motivo te pido que aceptes ocupar mi lugar cuando yo muera.

El Joven Caballero, perplejo, rodilla en suelo, cabeza baja y sin atreverse a mirar a los ojos del rey, balbuceó:

—Majestad, ¡no... no puedo asumir tal honor! Mis orígenes son humildes. Mis padres eran simples campesinos que murieron en el terrible incendio que provocó el Señor de las Tinieblas en su huida tras el rapto de vuestro hijo, el único heredero, y el robo de la mágica espada.

El rey escuchaba con atención la vacilante voz del caballero que, presa de la emoción, se detuvo unos instantes.

—Vos sabéis que Manluz el mago me procuró un nuevo hogar al darme en adopción a la familia del he-

rrero. De mi nuevo padre aprendí el oficio de la forja y quiso la vida que desarrollara habilidad suficiente para que muchos caballeros me solicitaran herraduras y armas. Sabéis también que por templar miles de espadas y probar miles de herraduras cabalgando a lomos de los mejores corceles del reino desarrollé habilidad como jinete y destreza en el manejo de las armas. Gracias a vuestra generosidad, llegué a ser escudero y, más tarde, caballero. Ésa es toda mi ambición, serviros...

El rey lo interrumpió con voz firme:

—¡Conozco mejor que nadie tus orígenes! ¡Y no te armé caballero por generosidad, sino por justicia, por tu valentía, por tus logros, por el esfuerzo que pusiste en las tareas que te encomendé!

Tras un intenso silencio, el rey, visiblemente emocionado y con un hilo de voz, añadió:

—Siempre te he tratado como si fueras Jano, el hijo que perdí, y sabes que la reina también sentía por ti un profundo amor. Eres el más querido y respetado por todos y, por ello, no dudo que reconocerán tu autoridad como nuevo rey. ¡Acepta mi propuesta!

—Pero, majestad...

El rey, contrariado, lo interrumpió de nuevo:

—¡No dejes que tu pasado, sea el que sea, oscurezca tu visión de un futuro brillante!

—Hay otros hombres mucho más dignos de tan alto honor: el caballero Cap, el caballero Cor, el caballero Cop...

—No negaré que los tres son hombres de gran valor. Cap es muy inteligente, pero se lo piensa demasiado an-

tes de actuar. En cuanto a Cor, más que caballero debería ser trovador; sus emociones le impiden pensar con claridad. Y Cop es sin duda el más fuerte de todos, pero a veces actúa sin pensar. No, no veo a ninguno de ellos como futuro rey. Te ofrezco el cetro porque veo en ti a un soñador práctico, a alguien que me ha demostrado que jamás pierde la esperanza, al único que puede mantener unido al reino y hacer frente al Señor de las Tinieblas ¡Acepta el reto que te propone la vida, pues no soy yo quien te habla, es la vida!

El caballero escuchaba al rey con suma atención:

—Sin retos no podemos crecer. El miedo al fracaso mata la vida. ¡Yo sé que puedes ser un gran rey! Y tú también lo sabes, no te engañes. ¡Atrévete a hacer realidad tus sueños! ¡A decir al mundo quién eres en verdad! Ejerce el poder que albergas en tu alma, no el que nace de la vanidad ni del miedo, pues ése es el que ejerce Nul. Te estoy hablando de otro poder, del que se manifiesta en la capacidad de encarnar los sueños a través de la pasión y del trabajo perseverante y paciente, ése que permite transformar la realidad y crear nuevas circunstancias para que la vida futura sea diferente, mejor, próspera y con sentido...

—El poder de Nul es tal que temo no cumplir vuestras expectativas...

El rey se incorporó con gran esfuerzo, se acercó al caballero y, acariciando su rostro, le dijo con firmeza:

—Si piensas que no puedes, no podrás. Si piensas que no te atreves, no lo harás. Si crees que estás vencido, lo estás. De ello se alimenta el Señor de las Tinieblas: del

miedo, de la inseguridad que nace de la falta de amor y de confianza en nosotros mismos. ¡Piensa que puedes y podrás! La mayor derrota no consiste en no superar un reto, sino ni siquiera intentarlo. La batalla de la vida no siempre la gana el hombre más fuerte, el más ágil o el más rápido, sino aquel que cree que podrá hacerlo.

Pensativo, el Joven Caballero se incorporó lentamente y dirigió una mirada suplicante al rey.

—Señor, hay otra cuestión: me sentiría como un usurpador si aceptara vuestra oferta sin antes haber intentado encontrar a vuestro hijo y la mágica espada en la Tierra del Destino.

—¿Sabes qué me propones? ¿Sabes qué significa adentrarse allí?

—Sí, señor. Muchos caballeros han hecho esa travesía, algunos eran mis amigos, y ninguno ha vuelto.

—Te enfrentarás a lo desconocido. En ese lugar no mora el Señor de las Tinieblas, pero ejerce la mayor de las influencias. Hará que te pierdas, que olvides quién eres y cuál es tu propósito. Tus peores pesadillas se harán realidad y sólo si mantienes la pureza de tu corazón y la fortaleza de tu espíritu sobrevivirás. Sí, te comprendo; tal vez si superas la prueba comprobarás que mi decisión es acertada. ¿Quieres ir? Ve. Cuentas con mi permiso.

—Gracias, señor.

El rey sonrió, aunque aquel gesto apenas disimulaba su preocupación.

—Bien. Pero es mi deseo que antes visites a tu protector, el mago Manluz. Él sabrá aconsejarte y orientar-

te para la travesía. Escucha sus buenos consejos y síguelos, te serán útiles.

Y así fue cómo el Joven Caballero partió a lomos del infatigable Kam hacia el bosque del hermoso valle de las Diez Montañas, donde vivía Manluz.

Mientras se alejaba del castillo sonó por tres veces el bronce de una lejana campana. En lo alto, en el cielo, divisó a Elk, el águila del rey, que parecía despedirlo como lo había hecho en todos los momentos importantes de su vida.